

El creciente protagonismo de la desconocida «segunda línea» de organizaciones criminales mexicanas

Mariano Bartolomé*

COMO YA HEMOS MENCIONADO en oportunidades anteriores¹, la situación de México en materia de crimen organizado se destaca nítidamente como una de las principales preocupaciones de seguridad del hemisferio. Las cifras consolidadas sobre criminalidad correspondientes al año 2010, anunciadas por el estatal Instituto Nacional de Geografía y Estadística (INAGI), así lo corroboran: hubo 24.374 muertes violentas, el número más alto desde los años de la Revolución iniciada a principios del siglo xx.² Los datos fueron

obtenidos de registros administrativos, básicamente de la estadística de defunciones accidentales y violentas.

Esa cifra significa que la tasa de homicidios se elevó a 22 por cada 100 mil habitantes, casi el triple que la registrada en 2007 –tras el primer año de la estrategia militarizada para atacar a los carteles de la droga–, cuando era de 8. La cifra de 2010 representa un crecimiento del 23% respecto de los 19.803 homicidios registrados en 2009. De acuerdo con el organismo estadístico estatal, los estados más violentos fueron Chihuahua (4.747 homicidios, 139 por cada 100 mil habitantes), Sinaloa (2.505, 91/00.000), México (2.096, 14/00.000), Guerrero (1.629, 48/00.000) y Baja California (1.539, 49/00.000).

Este fenómeno de criminalidad se articula en torno a una gran multiplici-

* Universidad del Salvador y Universidad Nacional de La Plata. Publicado en el portal brasileño de relaciones internacionales Mundo R.I. Autorizada la reproducción.

¹ Ver «La Criminalidad Organizada en México, a un siglo de la Revolución», *Mundo Relações Internacionais*, 10 de enero de 2011, en <<http://www.mundori.com/home/view.asp?paNoticia=2102>>.

² Las mayores cifras históricas de homicidio en México se registraron durante la revolución que se desencadenó en 1910, cuan-

do en poco más de una década murieron entre 300 mil y un millón de mexicanos, según diversas estimaciones.

dad de actores no estatales; entre ellos se destacan seis grandes «carteles», cuatro de los cuales están instalados desde hace años: el de Sinaloa, el de Juárez, el de Tijuana y el del Golfo. A ellos deben agregarse dos escisiones del grupo del Golfo, consumadas el mismo año 2008: por un lado, el de la así llamada Familia Michoacana, por el otro, de una fracción de su brazo armado Los Zetas, encolumnada tras el liderazgo de Heriberto Lazcano y Miguel Treviño Morales. Mientras la Familia estaría desarticulada, los Zetas estarían en clara declinación, fruto de la acción de gobierno. Parodiando modernas empresas comerciales adaptadas a los tiempos corrientes de la globalización y la creciente interdependencia, estos grupos se reagrupan y coordinan, con el único objetivo de optimizar sus acciones ilegales.

Empero, el panorama criminal de ese importante país no se circunscribe a ese puñado de organizaciones. Junto a ellas coexiste una gran cantidad de grupos de menor cuantía pero con un alto grado de protagonismo en el devenir nacional, en lo que la seguridad se refiere. Muchos de ellos fueron influidos por los largos e irresueltos enfrentamientos inter-carteles por el control de las ciudades fronterizas del norte, que un medio periodístico calificó de virtuales «guerra de trincheras», intensivos en materia de recursos humanos. El objetivo de este trabajo es describir algunos aspectos de cuatro de estos grupos, prácticamente desconocidos en

nuestro medio: la Línea, los Aztecas, los Mexicas y los Caballeros Templarios.

En cuanto a La Línea, existen visiones diferentes sobre esta organización. Una de ellas la considera un grupo criminal autónomo orientado al tráfico de drogas, mientras una segunda lectura la percibe como el brazo militar del Cartel de Juárez, aunque con una identidad diferenciada de su entidad madre. En este caso, se indica que esta ala armada fue organizada para enfrentar al Cartel de Sinaloa en la puja por el control de las rutas transfronterizas de tráfico.

Una tercera interpretación, en cambio, sugiere que La Línea y el Cartel de Juárez son la misma cosa, aunque no queda claro si esto siempre fue así, o es el producto de una fusión. Pero el punto es que se configuraría una notoria diferencia evolutiva con Los Zetas, que aproximadamente en 2008 se desprendieron del tronco del Cártel del Golfo, para luego enfrentarlo y competir con él.

En cualquiera de las tres perspectivas, se coincide en el alto grado de violencia y sadismo que signan sus acciones; en este sentido, en más de una oportunidad La Línea expuso en público los cuerpos decapitados y mutilados de sus rivales con fines intimidatorios. El grueso de sus acciones se desarrolla en el estado de Chihuahua, en especial en Ciudad Juárez, donde más de tres mil personas fueron asesinadas por las bandas criminales el año pasado.

Fuera de toda duda, la acción más conocida de este grupo, no solo por su envergadura sino también por su

repercusión mediática fue el asesinato tras dos intentos fallidos³ – de Víctor Nazario Ramírez Moreno, jefe de policía de Ciudad Juárez. Este ataque dejó de manifiesto tanto las capacidades como las tácticas del grupo: el empleo de cuatro vehículos para emboscar al móvil del jefe policial y un alto poder de fuego, confirmado por medio millar de vainas de fusiles de asalto AK-47 encontradas en el lugar.

Para La Línea, el asesinato de Ramírez Moreno fue tanto una venganza como la muestra de que aún contaba con importantes capacidades operativas, pese a los golpes propinados por las instituciones estatales. Es que el jefe policial había sido el mentor de la unidad de elite denominada «Delta» que les había generado importantes pérdidas. Además, poco antes había sido capturado José Antonio Acosta Hernández, conocido como «El Diego», tal vez su líder más importante, un personaje al que se le imputan gran cantidad de crímenes.

Solamente el año pasado «El Diego», ex policía, fue responsable de los asesinatos de una empleada del consulado de Estados Unidos en Ciudad Juárez y su esposo, ambos ciudadanos estadounidenses; del ataque con armas de fuego contra una escuela secundaria en momentos en que se celebraba una fiesta, con un saldo de una docena de muertos y similar cantidad de heridos;

³ El primer intento fue en 2009 y el segundo sucedió en marzo del año pasado cuando un grupo de sicarios le disparó mientras salía de su casa.

y de un atentado con coche bomba que produjo cuatro muertos, incluyendo dos soldados.

En estos momentos no solo no se ha interpretado a la detención de «El Diego» como un indicador de la declinación de La Línea, sino que se estima que el poderío de este grupo podría incrementarse, de concretarse una alianza con los mencionados Zetas. Existen numerosos rumores sobre la inminente consumación de ese entendimiento cuyo objeto sería aunar fuerzas para combatir al Cártel de Sinaloa, cada vez más activo en Ciudad Juárez, e iniciar un proceso de expansión hacia la costa del Pacífico, con claros objetivos económicos.

Los Aztecas (o «Barrio Azteca»), por su parte, no solo son tipificados como organización criminal sino también como «pandilla», en un estilo más cercano a las maras centroamericanas. De hecho, se la asocia con la comercialización de drogas, sobre todo a nivel minorista en los llamados «picaderos» y en las unidades penitenciarias de Chihuahua, que controlarían en un 80%; en las cárceles sus principales adversarios son Los Mexicles. En el penal estatal de Ciudad Juárez, un choque entre ambas bandas provocó la muerte de una veintena de internos.

La historia de Los Aztecas se remonta a mediados de los años ochenta, cuando el grupo fue creado en las cárceles texanas por el presidiario Longo Fernández, de origen chihuahuense, para enfrentar como hispanos a los grupos de otros países dentro de los

penales de EE.UU. En la actualidad sus principales bases de operaciones son El Paso en Texas, y Ciudad Juárez. Se mueven a ambos lados de la frontera con naturalidad, lo que explica que el FBI los considere una verdadera amenaza transnacional.

Sin embargo, al igual que lo que ocurre con Los Mexicas, en los últimos años se detectaron a militantes de este grupo en el Distrito Federal. Esta presencia se explica en que en su momento habían sido trasladados como reclusos al penal capitalino Aquiles Serdán y una vez liberados permanecieron en el lugar, pudiendo ocupar importantes nichos en los circuitos ilegales. Al igual que en el caso de La Línea, se asocia a ese grupo con un ejercicio despiadado de la violencia extrema, y se dice que sus miembros suelen operar como sicarios al servicio de grupos policiales o políticos corruptos. Sus cuadros, asimilados a una rígida estructura vertical de tipo militar, podrían llegar a los 10 mil.

Una característica distintiva de los pandilleros aztecas, de valor simbólico y connotaciones jerárquicas, es el empleo intensivo de tatuajes. Es usual que los miembros de la organización para identificarse utilicen tatuajes de pirámides aztecas, serpientes emplumadas, guerreros precolombinos, jaguares, el calendario azteca o diversos jeroglíficos. Los dibujos suelen incorporar nombres de parejas y de sus madres, e imágenes religiosas como la Virgen de Guadalupe.

Otro punto de coincidencia de Los Aztecas con La Línea es la vinculación con el Cártel de Juárez: de hecho, en

Ciudad Juárez históricamente estuvieron al servicio del narcotraficante Luis Ledesma o Juan Pablo Ledesma, mejor conocido como «el JL», lugarteniente de Vicente Carrillo Fuentes, líder del referido cartel. Sin embargo algunas lecturas van más allá y sugieren que Los Aztecas suele ser subcontratado por La Línea, por ejemplo para los referidos asesinatos de la funcionaria consular de Estados Unidos y su esposo.

En noviembre del año pasado Los Aztecas sufrieron su golpe más duro cuando se logró en Ciudad Juárez la detención de José Guadalupe Díaz Díaz, alias «El Zorro», quien presuntamente era su máximo jefe. Además controlaba la distribución y venta de droga, así como extorsiones a comerciantes («cobre de piso») y estaba imputado por diversos homicidios. El tipo y cantidad de armamento encontrados en posesión de «El Zorro» y su guardaespaldas al momento de la detención ayuda a dimensionar la peligrosidad de la organización que dirigía: fusiles AR-15, escopetas, granadas de fragmentación, armas cortas; chalecos balísticos y equipos de radio frecuencia.

Respecto a Los Mexicas, ya mencionados tangencialmente en párrafos anteriores, están alineados con el Cártel de Sinaloa del capo Joaquín «El Chapo» Guzmán, quien sostiene desde hace años una batalla sin cuartel con sus competidores del Cártel de Juárez por el control de las rutas septentrionales de tráfico. Conocidos también como el Partido Revolucionario Mexicano, fueron fundados en 1987, en la cárcel estatal

Tennessee, en Texas y tienen una fuerza que podría alcanzar 2 mil miembros. Probablemente la acción más resonante de este grupo haya tenido lugar en junio del año pasado en Ciudad Juárez, cuando atacaron la clínica «Templo Cristiano Fe y Vida», dedicada a la rehabilitación de drogadictos, ocasionando una veintena de muertes.

Finalmente, los Caballeros Templarios anunciaron su existencia como sucesora de La Familia Michoacana, en marzo de corriente año con carteles («narcomantas») en Michoacán. Cabe recordar en este sentido que un mes y medio antes ese violento cártel había anunciado su disolución tras la muerte de su líder histórico, Nazario Moreno González, (alias «El Chayo») a fines del año 2010.

En un primer momento, esta nueva organización distribuyó en forma manual en bares y tiendas de su ciudad natal el llamado «Código de los Caballeros Templarios de Michoacán», un cuadernillo cuyo contenido emula las reglas de disciplina y honor de los templarios del medioevo. Así, en sus páginas se lee: «Donde hay debilidad allí el templario debe llevar su fuerza. Donde no hay voz allí el templario debe llevar la suya. Donde están los más pobres allí el templario debe distribuir su generosidad».

Oficialmente su retórica apunta a combatir los delitos comunes, el secues-

tro, la corrupción y los delitos sexuales. También identifica como principal enemigo a la organización Los Zetas. Sin embargo, se estima que la idea de sus jerarcas es jugar un papel destacado en el tráfico de drogas entre Centroamérica y Estados Unidos, ocupando lugares dejados vacíos por su ocaso relativo.

Para concluir, el análisis pormenorizado del drama de seguridad de México muestra un creciente protagonismo de grupos que han surgido a la sombra de los grandes carteles criminales. Esos grupos han capitalizado en beneficio propio el devenir de las grandes organizaciones: en algunos casos constituyéndose en proveedores de bienes y servicios que ellas no poseían y en consecuencia demandaban, o estaban dispuestas a tercerizar en el marco de sus estrategias operativas; en otras ocasiones, ocupando nichos que tales organizaciones dejaban vacíos, como secuela de sus enfrentamientos con entidades homólogas o con el Estado.

En definitiva, un adecuado diagnóstico del flagelo criminal que azota México y su evolución a mediano plazo ya no puede circunscribirse a los grandes carteles tradicionales, sino que debe extenderse a entidades más novedosas y menos conocidas, como la Línea, los Aztecas, los Mexicas y los Caballeros Templarios.